

UNA PROTESTA
PACIFICA CONTRA
EL MODO DE VIDA
NORTEAMERICANO



LOS HIPPIES

por Arnold Toynbee



Desde la época de mi nacimiento, los norteamericanos se han convertido en una nación de automovilistas. Hasta el veinte por ciento, que son indigentes, poseen casi todos un vehículo cualquiera. El agente de tránsito norteamericano del siglo xx es un disciplinario tan poderoso como lo era un sargento prusiano del siglo xviii en el campo de maniobras de Potsdam.

El agente decide por dónde debe ir un conductor, por dónde no puede doblar, el tiempo y lugar para estacionarse. Vivimos en un mundo casi enteramente formado de choferes regimientados. Pero de todos los pueblos del mundo, los norteamericanos han sido los más gravemente afectados por la conducción de automóviles y creo que esta intoxicación explica, en una buena parte, el conformismo norteamericano desde principios de siglo.

Ello atormenta a los *hippies*. La respuesta a esta importante cuestión depende del éxito o el fracaso de los *hippies* en su tarea de Psique, que consiste en reformar el género de vida norteamericano. Del éxito de los *hippies* dependerá que ellos abandonen o no sus puntos fuertes, arrastrados por su evidente debilidad.

Los *hippies*, cuyo cuartel general está en Height-Ashbury —cruce de las dos calles de ese nombre en un barrio miserable de San Francisco— repudian el género de vida opulento en el cual el fin de la existencia y del trabajo es “hacer dinero”. Ellos rechazan la vida de sus padres como San Francisco rechazaba la de aquel rico comerciante de telas que era su padre en Asís.

El rechazo es un gesto negativo y estéril si se queda ahí. La cuestión es saber si los *hippies* van a transfigurar, como San Francisco, una pobreza voluntaria e insolente en algo positivo, creativo, de redención. Sólo así podrán empezar a remoldear la vida norteamericana.

El solo nombre de Height-Ashbury, hace aparecer una sonrisa de amarga burla en aquellos que practican, de manera ortodoxa, el modo de vida norteamericano, aunque su risa tiene también algo de angustia.

Mientras recorriamos el barrio de Height-Ashbury, mi pri-

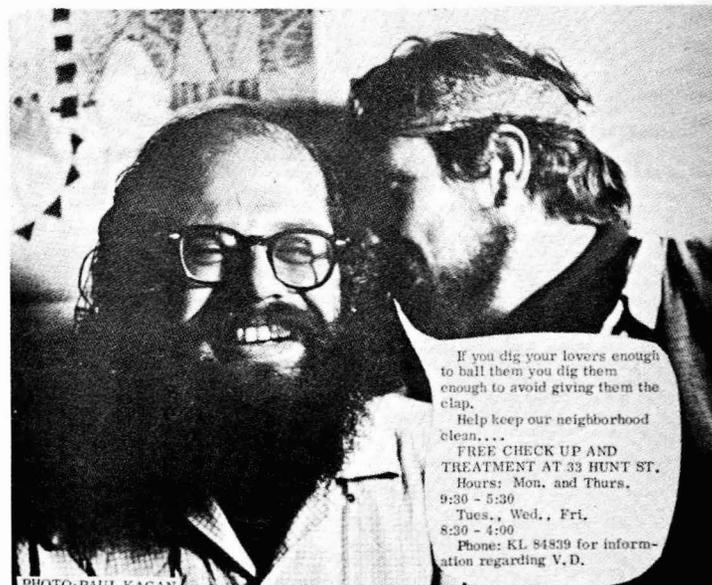
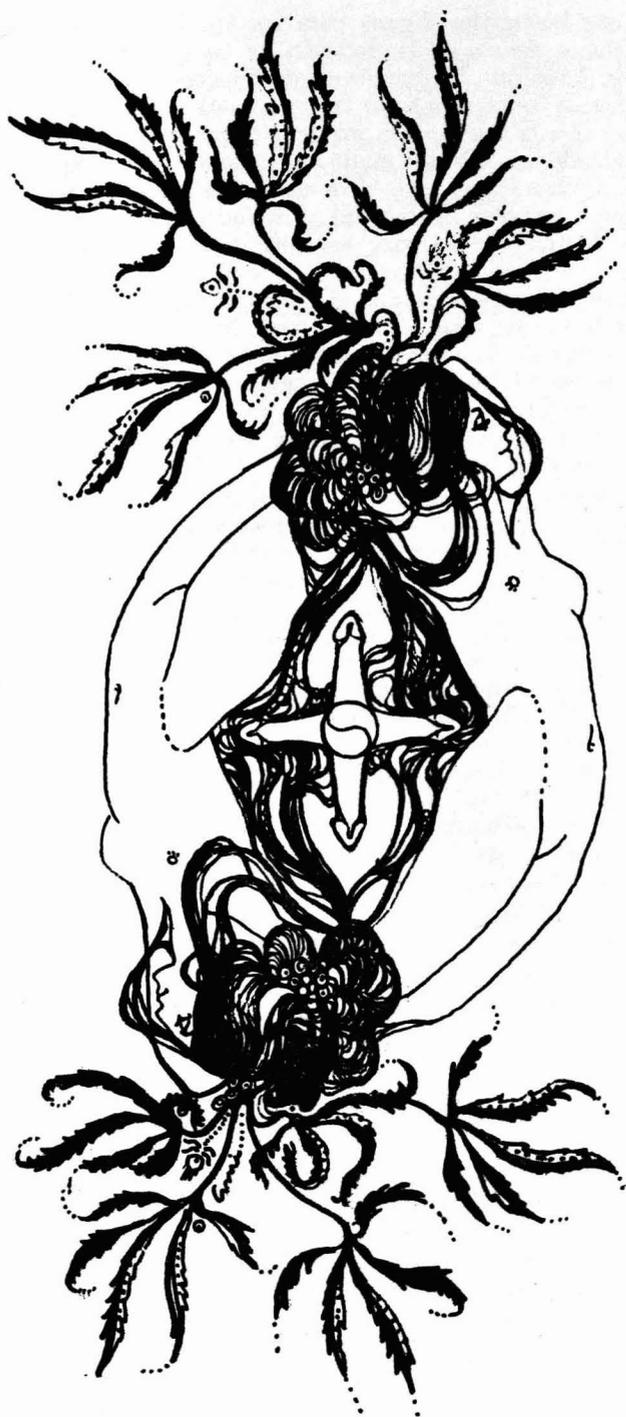


PHOTO: PAUL KAGAN

If you dig your lovers enough to ball them you dig them enough to avoid giving them the clap.
Help keep our neighborhood clean...
FREE CHECK UP AND TREATMENT AT 33 HUNT ST.
Hours: Mon. and Thurs. 9:30 - 5:30
Tues., Wed., Fri. 8:30 - 4:00
Phone: KL 84839 for information regarding V. D.



mera impresión fue de que era testigo de una exageración típicamente norteamericana de algo que ya me era familiar en Inglaterra. Los cabellos largos de los jóvenes eran aún más largos. Las cabezas despeinadas de las muchachas eran aún más despeinadas; los vestidos de unos y otras más exagerados.

Yo tenía una opinión personal para explicar cómo habían evolucionado ciertos jóvenes en Inglaterra. De hecho, eran la primera generación de niños que tenía dinero en sus bolsillos, nacidos de familias que habían sufrido la pobreza desde tiempos inmemoriales y que deseaban ardientemente tener más dinero. Su sueño secular se había realizado. Pero esta realización reveló no ser más que polvo y cenizas. Tenían dinero hasta para tirar por la ventana, pero no tenían un fin en la vida. La vida, para ellos, carecía de sentido, de fin; era vacía y aburrida. La desilusión hizo de ellos presa fácil con la promiscuidad sexual, las drogas y el robo a mano armada.

Sin embargo, si los *hippies* se parecen físicamente a los *mods* y a los *rocks* ingleses, en el fondo son muy diferentes.

Los *hippies* no ganan dinero. Mendigan. Los *hippies* hijos de ricos padres norteamericanos, tienden la escudilla como Francisco el hijo del comerciante y como Gautama el hijo del rey.

Trabajar duro a fin de ganar mucho, es una de las virtudes cardinales del modo de vida norteamericano. Los *hippies* la han rechazado.

Como no se ganan la vida trabajando, tienen que mendigar.

San Francisco y Buda no despreciaban la mendicidad. Para ellos era una prueba de humildad. Para sus contemporáneos que les daban de comer, era un privilegio. El veredicto de la posteridad es que jamás dos seres humanos han hecho tanto por la humanidad a cambio de tan poco.

¿Es vergonzosa la mendicidad de los *hippies*? No podemos decirlo antes de que ellos hayan tenido tiempo de mostrarnos lo que van a dar a cambio a la humanidad.

Numerosos *hippies* reciben su subsistencia de un grupo de tíos y tías honorarios llamados *diggers*; éstos van temprano al mercado, llenan un número bíblico de canastas con restos de pan y de pescado que ahí se vende y se compra; con esto, sirven una comida gratuita en el parque de Golden-Gate. Además, encuentran un techo para los que no lo tienen. Los *diggers* tienen su centro de reunión en un cuarto de la iglesia episcopal del barrio.

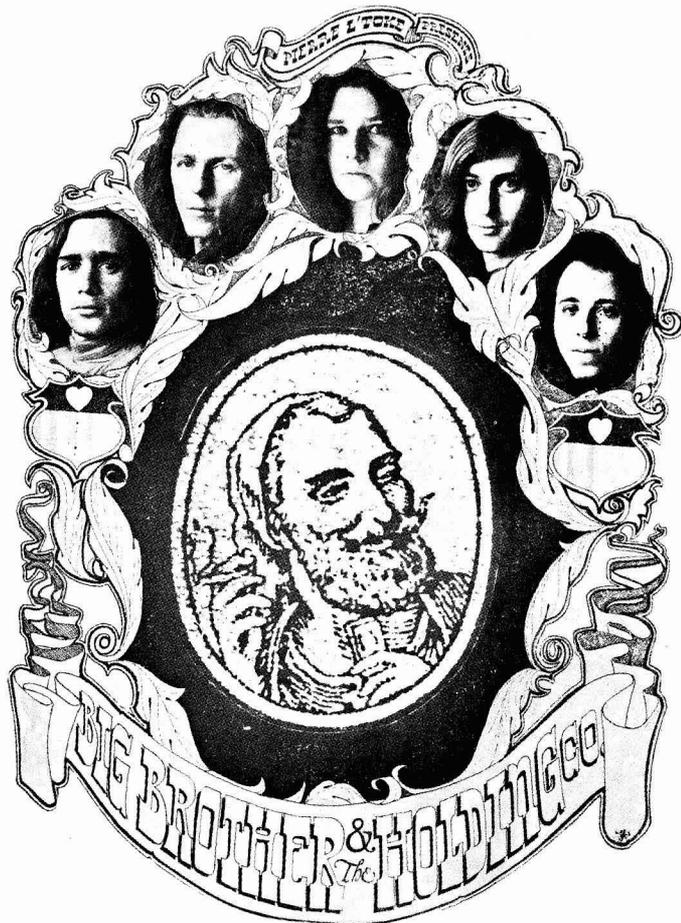
Los *hippies* tienen su propio periódico que aparece una o dos veces por semana. Se llama *El Oráculo* y me sorprendí de sus ilustraciones. En gran parte, eran religiosas. La religión que sus autores querían representar era, evidentemente, heterodoxa. Como es la mía. Estas imágenes parecían andar a tientas hacia nuevas expresiones de la relación entre el hombre y la última realidad espiritual escondida más allá del Universo, a fin de encontrar nuevos modos de vida y de vivir en armonía con ellos.

La palabra de salud de los *hippies* es Amor y no existen, al menos, pruebas negativas de que no actúen de acuerdo con



ella. Hasta ahora, no he oído hablar de robo con agresión para procurarse dinero para comprar drogas o para jugar. El amor se identifica con Dios en el primer epígrafe de San Juan —una síntesis que yo, en mi calidad de agnóstico religioso, admiro y reverencio de todo corazón. El amor entre los seres humanos, y también entre las otras criaturas vivientes sobre este planeta, es la única manifestación de Dios que nosotros experimentamos directamente. Seguramente que es un sólido fundamento espiritual para edificar cualquier cosa. ¿Serán capaces los *hippies* de construir sobre esta roca una nueva casa para Norteamérica?

Una de las cosas más estimulantes que hacen los *diggers* por los *hippies* es la de encontrarles trabajo no “desprovisto de significación” desde el punto de vista de los *hippies*. Creo que, con ello, quieren expresar que hay situaciones que tienen un valor intrínseco para la humanidad, por oposición de aquellas en las que el valor se encuentra sólo en el dinero que reportan.



Lo que buscan los *diggers* para los *hippies* me parece que son trabajos dentro de la tradición de las profesiones “liberales”. Es el espíritu del juramento de Hipócrates, según el cual el médico se consagra a curar las enfermedades y a salvar vidas, dejando que la recompensa material llegue por sí misma.

Mi abuelo era médico; murió accidentalmente al experimentar en sí mismo unos anestésicos en la época en que éstos empezaban a aparecer. Tomó una cantidad excesiva cuando ensayaba diferentes dosis para descubrir la cantidad adecuada.

Con el pánico, se hizo salir a mi padre de la Universidad para que entrara a una casa de importación de té. No pudo soportarlo mucho tiempo porque tenía la impresión de que la sola utilidad de su trabajo residía en el dinero que producía, mientras que su padre médico y su abuelo agricultor habían ejercido sus profesiones por el valor que tenían en sí mismas.

Por eso mi padre renunció a su negocio de té para convertirse en consejero social.

Debido a ello, él y su familia estuvieron condenados a vivir de una pequeña renta; pero había encontrado un trabajo que, desde el punto de vista espiritual, le satisfacía y podía transmitir a sus hijos el ideal de desinterés que había heredado.

Si los *diggers* pueden encontrar trabajos de esa clase para los *hippies* y persuadirlos para que se lancen a ellos de todo corazón, constituiría un desafío más serio al modo de vida norteamericano en el que no importaría la cantidad de cabellos largo o de escudillas. Ése sería el primer paso hacia una transformación de lo que es actualmente el ideal norteamericano.

Si los *diggers* llegan a hacer seguir a los *hippies* el ejemplo de mi padre entonces, puede ser que se vislumbre el fin del ideal norteamericano actualmente en vigor.

Los *hippies* serían los hippies aun si Washington no hiciera la guerra de Vietnam, si no enrolara a sus jóvenes en el servicio activo. Los *hippies* se rebelan no sólo contra la guerra de Vietnam sino contra el modo de vida y toda la ideología que prevalece en Norteamérica.

La economía de los Estados Unidos, que comprende el financiamiento de la investigación científica en las universidades norteamericanas, ha venido a depender, de una manera asombrosa, de los pedidos de guerra. La potencia financiera que hace girar las ruedas de la economía es ejercida en gran medida por el Pentágono. Puede verse ahí una ilustración de la tesis de Karl Marx, según la cual el capitalismo se vería forzado a recurrir a la guerra para mantener su existencia.

Yo no soy un marxista porque no creo que la existencia humana esté predeterminada o que la economía sea la clave principal para comprender los asuntos humanos. No obstante, es verdad que, muchas veces, ciertas profecías de deterministas dogmáticos, dan extrañamente en el blanco lo mismo que la bala que mató al presidente Kennedy.

Marx pretendía en sus predicciones, que el capitalismo tendría que recurrir inevitablemente a la guerra y que ello sería



su perdición. Ahora que nos encontramos en la era post-atómica, podemos aún superar a Marx en sus profecías y afirmar que si la administración norteamericana tiene que proseguir su escalada en la guerra de Vietnam hasta el final —lo que equivaldría a una guerra atómica mundial— entonces no sólo el capitalismo sino toda la especie humana iría hacia el fin, y dicho sea de paso, todas las ideologías, incluido el comunismo.

El peso más grave de este fardo moral cae sobre los jóvenes que están expuestos, por ley, a ser llamados a combatir a Vietnam y a cumplir lo que las autoridades militares decreten como parte de las obligaciones militares de un soldado norteamericano. Esta herida espiritual les es infligida por gentes de su misma sangre que pertenecen a una generación más vieja. Esto es lo que ha dado realidad a la rebelión de los *hippies*.

Los jefes del poder establecido cometerán el error de su vida si ignoran y descuidan la rebelión de los *hippies* —y de muchos contemporáneos de ellos— con el pretexto de que son inútiles y traidores, o aún más, si los consideran, simplemente, como muchachos en una edad difícil que hacen travesuras; pero que, ciertamente, volverán a integrarse al poder establecido cuando pasen sus exámenes y se les ofrezca una brillante perspectiva al servicio de una gran administración.

La actual rebelión no es tan fácil de explicar. Sus raíces son, a la vez, más viejas y más profundas de lo que parecen.

Recuerdo a mis anfitriones cuando dicté una conferencia sobre "La religión y el trabajo", en una ciudad del noroeste de los Estados Unidos hace algunos años.

El esposo era director retirado de una de las más grandes empresas del país. Su mujer y él pensaban que tenían el deber de "hacer dinero" y de donar generosamente una gran parte de él.

Tenían tres hijas. Les intrigaba que ellas pensarán de una manera diferente a ellos y que hubieran actuado según sus convicciones. Las tres se habían casado con hombres pobres y vivían en casas pequeñas haciendo la limpieza y ocupándose ellas mismas de sus hijos.

Esto pasaba en una época en que los Estados Unidos no estaban en guerra y que en el interior del país no había amargura entre las generaciones.

La historia de esta familia me parece aún más significativa que la rebelión actual de los *hippies* y de otros opositores a la guerra de Vietnam. Ello indica que, desde esa época, soplaban ya el viento del cambio sobre Norteamérica aunque muy suavemente todavía.

